

Monografía

ELOGIO Y REVISION DE CARLOS III

AGUSTÍN ESCOLANO

Universidad de Salamanca

1. *IN MEMORIAM*, DESDE EL TIEMPO PRESENTE

El 8 de noviembre de 1788, don Gaspar Melchor de Jovellanos leía en la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País el conocido *Elogio de Carlos III*¹, una especie de panegírico cívico-académico que, de acuerdo con las reglas retóricas y oratorias del momento, ensalzaba las «benéficas virtudes» de aquel «buen rey» y ofrecía un «tributo de reconocimiento» por «cuanto se había hecho» en su tiempo.

Hoy, dos siglos después, bajo el pretexto de la conmemoración del bicentenario de la muerte del que puede ser considerado como el más ilustrado de los déspotas, recuperamos su figura en nuestra memoria con un esfuerzo, sin precedentes en la reciente historiografía, que apenas ofrece lagunas por examinar, tanto desde la perspectiva temática como desde los diversos planos administrativos y culturales. Parece como si toda la sociedad española, a través de los cauces políticos, académicos y científicos de que dispone, se hubiera apresurado por participar en esta esperada efeméride, que podría simbolizar —a juzgar por el tono apologético de un gran número de estas manifestaciones conmemorativas— la madurez en un tiempo de progreso económico y cultural, el tiempo de esa España «posible», tal como la definió Julián Marías al titular el conjunto de ensayos menores sobre la época que publicara hace ahora veinticinco años². Coronando este espléndido despliegue de conmemoraciones, SS.MM. los Reyes de España

¹ JOVELLANOS, G. M. de: «Elogio de Carlos III», *Obras publicadas e inéditas*, colección hecha e ilustrada por C. Nocedal, Madrid, Atlas-BAE, 1963, vol. I, pp. 311-317.

² MARÍAS, J.: «La España posible en tiempo de Carlos III», *Obras*, Madrid, Revista de Occidente, 1966.

inauguraron el pasado día 12 de octubre, con motivo de la fiesta nacional, la flamante iluminación de los exteriores del Palacio Real, cuya financiación ha sido patrocinada por las empresas eléctricas del país. La luz, esa gran imagen que simboliza la época ilustrada, se ha hecho también realidad, bajo la tutela de las fuerzas económicas y de la Corona, para dignificar la Casa que fuera sede real.

Nuestra comunidad científica de historiadores de la educación tampoco ha querido que pasara de forma inadvertida la conmemoración. El último *Boletín* de la Sección de Historia de la Educación recoge una amplia bibliografía sobre «Educación e Ilustración», que en sus dos centenares de referencias muestra la dedicación de los departamentos universitarios de este sector del conocimiento a la investigación de este significativo ciclo de nuestro pasado pedagógico. Asimismo, el presente número de la revista *Historia de la Educación* ha reservado las páginas de su sección monográfica a estudios relativos a dos fenómenos que son históricamente complementarios: la Ilustración y la Revolución (incidencia de esta última en España).

Habría que interrogarse por el sentido que este interés tan generalizado por el tema puede tener desde el tiempo presente. ¿Responde acaso a la moda académica que ha hecho un ritual de las conmemoraciones, cualquiera que sea el motivo, hecho o personalidad que se recupere? ¿Es tal vez un reflejo de las necesidades de legitimación académica, social y administrativa que los grupos culturales, y muy particularmente los universitarios, tienen en nuestra sociedad? ¿Sirve quizá para demostrar la funcionalidad del conocimiento histórico en la explicación de los hechos sociales actuales y aun en la previsión de los futuros? ¿O deriva de una presumible comparabilidad —extemporánea y anacrónica, por supuesto— del presente y el pasado, más allá de las diferencias estructurales que existan entre la crisis del Antiguo Régimen y la sociedad contemporánea?

Cierta historiografía de la Ilustración ha proyectado sobre la época la imagen de progreso. Ya Jovellanos, en el *Elogio* antes citado, enlazaba el esplendor del reinado de Carlos III con la dorada era de los Reyes Católicos. El largo *intermezzo* transcurrido entre aquel hito de renacimiento y modernidad y el cenit de las luces quedó cubierto por el tópico de la decadencia, generando una especie de «imaginario colectivo», para decirlo con la expresión utilizada por F. Furet³, que sólo la investigación histórica reciente ha podido revisar, mostrando que entre la crisis finisecular del XVII y la planta borbónica no existió una fractura tan brusca. No obstante, esta

³ FURET, F.: «La revolución en lo imaginario político francés», *Revista de Occidente*, 41 (1984), p. 46 ss.

revisión, el ciclo carlostercista sigue aún revalorizándose como una coyuntura de bonanza económica, cultural y educativa, habiéndose constituido en un referente que sugiere diversos procesos de identificación y transferencia en los planos ideológicos y culturales.

La Ilustración constituyó sin duda, como indica Laín, una de las «oportunidades» históricas desde la Modernidad en la que España «pudo» alcanzar la «altura de los tiempos»⁴. Junto con la contribución de los *novatores* del período anterior de entresiglos y de los regeneracionistas de finales del XIX y principios del XX, el programa ilustrado en su etapa más característica, constituyó a un intento de modernización y europeización del país. Es cierto que este proyecto, como los otros citados, no logró plenamente sus propósitos, pero tampoco puede aceptarse sin más el conocido veredicto orteguiano, según el cual a España le había faltado el «gran siglo educador». Nuestro país, desde sus peculiaridades y posibilidades histórico-sociales, tuvo también su Ilustración. Si bien, como han mostrado las últimas investigaciones, el movimiento ilustrado se anuda con el de los *novatores* de finales del XVII y se produce con más retraso y lentitud que en otras áreas europeas, España alcanzó, después de una etapa de recepción, no exenta de resistencias, un *tempo* de madurez reformadora, en el que las «luces» informarían los programas de fomento económico y la modernización de la educación. Este es el tiempo de Carlos III, el tiempo que impulsó la liberalización económica y la apertura cultural, que dio entrada al grupo reformador (Campomanes, Floridablanca, Jovellanos...) que impulsaría las sociedades económicas, la reforma universitaria y otras innovaciones pedagógicas.

Ahora bien, junto a las valoraciones apoloéticas, que ofrecen una imagen optimizada de nuestra Ilustración, la historiografía actual ha relativizado los logros del siglo y hasta ha generado un discurso en cierto modo pesimista al hacer balance de sus resultados. Una de estas versiones críticas nos la da F. López, quien sostiene que es posible que incluso la figura de Carlos III haya sido sobrevalorada, que el esplendor que alcanzó la Ilustración bajo su reinado fue relativo, y sólo se manifiesta por el contraste de esta época con la primera mitad del siglo⁵. Aunque muchos españoles pudieron pensar que con los proyectos de los primeros años de Carlos III se abría una nueva y prometedora era, a finales del reinado también pudieron comprobar que la mayor parte de las reformas (agraria, social, universitaria, etc.) o fueron aplazadas o no modificaron en profundidad las es-

⁴ LAÍN, P.: «La cultura española ante el nuevo siglo», Salamanca, marzo, 1984, conferencia no publicada.

⁵ LÓPEZ, F.: «La resistencia a la Ilustración: bases sociales y medios de acción», *Historia de España* (dir. J. M.^a JOVER), Madrid, Espasa-Calpe, 1987, pp. 811-812.

estructuras tradicionales. Carlos III aparecería así como un monarca «bien intencionado, pero mediocre y de poco pulso en los asuntos que más hubieran debido importarle». La «voluntad de modernización» que comportaban las luces contrasta con las «supervivencias del pasado». La Inquisición siguió siendo un «aparato ideológico del Estado», y bien lo demostró cuando convino (caso Olavide, reacción posterior frente a la Revolución...). Los ilustrados más genuinos hubieron de quedar amordazados hasta las Cortes de Cádiz.

Aunque este balance pueda tener ciertamente una legitimidad interpretativa, creemos, sin embargo, que introduce algunas valoraciones extemporáneas, al juzgar desde los procesos históricos posteriores lo que la Ilustración española pudo haber sido y no fue y al analizar el reinado de Carlos III desde expectativas de la historia moderna de Europa, más allá de las peculiaridades estructurales de nuestra sociedad del Antiguo Régimen. El mismo autor lo reconoce al considerar que para que España hubiera alcanzado la altura de los tiempos tenía que haber contado con una verdadera aristocracia, a la inglesa, y una burguesía numerosa y emprendedora, cuyos intereses hubiesen coincidido con el programa de la Ilustración. Esto, sin embargo, como se sabe, no era así en el origen del reinado, y la política carlostercista sí propició la incorporación de los estamentos acomodados a los programas de regeneración, fomento y cultura. Otra cosa, claro está, es que lo lagrara plenamente.

2. REGENERACIÓN, MODERNIZACIÓN, EUROPEIZACIÓN

La Ilustración española —también en el ámbito de la educación— debe ser examinada desde sus tres obsesiones fundamentales: la *ratio* económica, el propósito modernizador y la apertura a Europa. Estas tres líneas de fuerza son en gran medida interdependientes y complementarias entre sí. La regeneración económica se concibió como una política superadora del generalizado sentimiento de decadencia que venía manifestándose desde los dictámenes de los arbitristas del siglo anterior, pero comportó también un programa modernizador en lo social, lo técnico y lo pedagógico-cultural, lo que exigió asimismo la ruptura del secular aislamiento que España había padecido respecto a Europa.

Como hemos puesto de manifiesto en otros trabajos, las relaciones entre educación y economía constituyen una de las claves para entender nuestra Ilustración. Esta interdependencia se expresa en los discursos de los ilustrados, que asociaron los proyectos educativos a los de fomento, y confiaron a la ciencia del siglo —la economía— el *status* de disciplina académica superior. Se observa igualmente en la práctica política, que estuvo

ordenada siempre a promover aquellas innovaciones educativas más estrechamente asociadas a los programas de regeneración económica. El mismo lenguaje de nuestros ilustrados rezuma un claro talante economicista y pedagógico, como han evidenciado algunos análisis de semántica histórica sobre la época⁶.

Si en otras épocas la problemática de la sociedad española pudo ser vista, en sus determinaciones fundamentales, desde ópticas dominadas por lo político, lo religioso y lo social, el XVIII va a ser examinado desde los dos reduccionismos antes indicados: el económico y el pedagógico. La Ilustración, como se sabe, no planteó la remoción del orden político o social, ni intentó modificar sustancialmente los aparatos de control religioso establecidos; no cuestionó, en definitiva, los soportes estructurales del Antiguo Régimen. Sí fue reformador, en el orden de los problemas, y en buena medida también de la praxis, en los campos de la economía y de la educación, y muy especialmente en los problemas en que ambos dominios interaccionaban. Así lo vio, desde luego, Jovellanos en el *Elogio* al enumerar las principales providencias dictadas por el «benéfico soberano» que fue Carlos III: por una parte, las relativas a la erección de nuevas colonias agrícolas, a la liberalización del comercio o al fomento de los establecimientos industriales; por otra, aunque estrechamente ligadas a las anteriores, las referentes a la enseñanza de las artes, a la promoción de las sociedades económicas como «cuerpos patrióticos» ordenados a luchar contra la «ociosidad» y buscar la «aplicación», a la incorporación de las enseñanzas útiles —tan denostadas en el pasado— en los programas de las nuevas instituciones... Estos conocimientos, que pueden ser «menos sublimes», son, sin embargo, más importantes en orden a la «prosperidad de los pueblos». «El cuidado de convertirlos con preferencia a su indagación distinguiría perfectamente en la historia de España el reinado de Carlos III». Y éste era justamente el «espíritu que faltaba a la nación. Ciencias útiles, principios económicos, espíritu general de ilustración: ved aquí lo que España deberá al reinado de Carlos III»⁷.

Desde este análisis, inmanente a las leyes internas del período carlostercista, no se justifican los revisionismos hechos desde posiciones críticas no estrictamente historiográficas. Podrá juzgarse, eso sí, sobre los logros del sistema en base a los programas que se pusieron en marcha y a las actitudes de sus actores. No parece, sin embargo, razonable valorar a nuestros ilustrados como una *intelligentsia* fracasada por no haber podido romper con

⁶ ESCOLANO, A.: *Educación y economía en la España ilustrada*, Madrid, Centro Publicaciones MEC, 1988. «Economía e Ilustración. El origen de la escuela técnica moderna en España», *Historia de la Educación*, 1 (1982), pp. 169-191.

⁷ JOVELLANOS, G. M. de: *Op. cit.*, pp. 312-314.

la sociedad estamental o por no haber logrado recuperar plenamente el tiempo perdido o la Modernidad pendiente. Y desde luego no era esperable de Carlos III, que murió en la víspera de la Revolución, una acción política radical encaminada a producir la ruptura del Antiguo Régimen, cuando además su reinado estuvo marcado por la impronta de la *ratio* económica y el *ethos* de la educación, y no por la del cambio político.

En definitiva, una revisión histórica bien ponderada acerca del período carlostercista ha de concluir necesariamente con un balance que afirme los valores y los límites del reformismo ilustrado: los valores en cuanto a los propósitos y logros de un proyecto regenerador que quiso trascender la literatura de «lamentaciones y remedios» del siglo anterior y afrontar una nueva política encaminada a superar la situación de decadencia-dependencia que secularmente venía afectando a nuestro país; los límites en lo que se refiere a los condicionantes y expectativas estructurales de la sociedad del Antiguo Régimen. La educación fue, a este respecto, un factor de renovación que implementó los programas de fomento, pero no pudo jugar lógicamente un papel disfuncional o crítico en relación con las viejas estructuras sociales.

El otro *leitmotiv* de la Ilustración es la modernización del país en todos los aspectos de la vida y de la cultura. Por supuesto, también de la educación.

España es, a los ojos de nuestros gobernantes, de la clase dirigente y de los viajeros que nos visitan, un país arcaico, anclado en la premodernidad. La «luz», esa gran metáfora del siglo como la ha calificado J. M.^a Valverde⁸, es también la fuerza renovadora frente al oscurantismo, el atraso y el aislamiento. La Ilustración es la gran oportunidad para hacer frente a la Modernidad pendiente e inconclusa. Es también el momento en el que la conciencia histórica de la época se relaciona con el pasado, considerándose a sí misma como el resultado de una transición de lo antiguo a lo nuevo⁹. Es la época en la que modernizar no va a consistir sólo en recuperar los modelos antiguos, aunque el recurso a ciertos cánones clásicos sea frecuente en el mundo de las artes, de la literatura y aun de la educación a veces, sino en buscar el progreso a través del conocimiento empírico y racional, cuyo discurso promete un avance *ad infinitum*. El mismo Jovellanos, preso después de profundas contradicciones, también creyó en este progreso hacia la modernización. La economía, la nueva ciencia del siglo que enseñaba a gobernar, cuyos «progresos se deben enteramente a

⁸ VALVERDE, J. M.^a: «La Ilustración», *Historia del pensamiento*, Barcelona, Orbis, p. 243.

⁹ HABERMAS, J.: «La modernidad, un proyecto incompleto», *La posmodernidad*, Barcelona, Kairós, 1985, p. 20.

la filosofía de la presente edad», es la herramienta adecuada para modernizar la política y la sociedad, hasta entonces dominada por el interés y el arbitrio¹⁰.

Ilustrar fue sinónimo de civilizar, otro término empleado por los hombres del siglo para referirse a los objetivos de la modernización, que no sólo incluían proyectos de mejora de las condiciones materiales de vida (que tanto cuidaron los ilustrados), sino también pedagógico-sociales en su más amplio sentido, en orden a remover los obstáculos que la sociedad y los individuos oponían al progreso de las luces. La modernización fue, a este respecto, un programa contra la barbarie, la ignorancia y la superstición, es decir, contra las estructuras y la mentalidad tradicionales.

El conocido estudio de G. Gómez de la Serna sobre los «viajeros» de la Ilustración abunda en datos que dibujan «la España que veía a través de las ventanillas de sus coches de camino» el primer Borbón al comenzar el siglo¹¹. Un país en «sosiego», quieto y tradicional; una España *antigua*, que vivía fuera de la realidad y del tiempo; una nación a la que los reyes austríacos «fueron deshaciendo la armadura de Estado *moderno*, tan cuidadosa y costosamente erigida por los Reyes Católicos»; un territorio despoblado y desvitalizado, desertizado, como la estampa que Felipe V iba fijando en su retina al atravesar en sus jornadas de viaje las tierras de Castilla; una patria agotada, presa de los «hechizos» que fueron conformando la mentalidad colectiva de sus moradores... Sobre este país y este pueblo iba a instrumentarse el programa de recuperación y modernización, que alcanza su más álgido momento bajo el reinado de Carlos III.

El programa no sólo afectaría a los caminos, a las obras públicas, a la navegación, a la industria o al comercio, por citar ciertos ramos del fomento que fueron especialmente atendidos por nuestros gobernantes. La modernización se planteó también en el campo de la enseñanza, y muy especialmente en la referida a aquellos saberes tal vez «menos sublimes», como indicaba Jovellanos, aunque sí más vinculados a la «prosperidad» de la nación¹². Asistimos, como ya vio Galino en su conocido estudio sobre la época, al encuentro de dos tipos de educación: el tradicional y el moderno. Y los viajeros extranjeros que nos visitaban percibían, al igual que Felipe V respecto a las realidades más directamente observables, los arcaísmos más significativos de nuestra tradición pedagógica: la excesiva sutileza especulativa, el desprecio de las ciencias prácticas, la rigidez escolástica y el rechazo de las innovaciones. Ya denunciaba el Barbadiño, justamente en

¹⁰ JOVELLANOS, G. M. de: *Op. cit.*, p. 313.

¹¹ GÓMEZ DE LA SERNA, G.: *Los viajeros de la Ilustración*, Madrid, Alianza, 1974, p. 51 ss.

¹² JOVELLANOS, G. M. de: *Op. cit.*, p. 314.

los comienzos del reinado de Carlos III, el cambio que, no obstante, empezó a registrarse en paralelo con la exaltación que hizo la Ilustración de lo nuevo o moderno como bueno y la valoración peyorativa de lo antiguo¹³. Algo comenzó a cambiar, pues, en España para que esto fuera posible. Y la Ilustración fue en gran medida un programa de modernización pedagógica, que no provocó más transformaciones por los límites inherentes a todo didactismo, por lo demás tímido en muchos aspectos. Se aprovechó la expulsión de los jesuitas para reconvertir los centros que ellos regentaban en establecimientos de nueva factura; se impulsó la erección de escuelas técnicas para la enseñanza de los profesionales que demandaba la economía; la reforma universitaria, aunque parcial e insuficientemente, inicia una modernización en las estructuras, los programas y los métodos a lo largo de este «reinado prudente»¹⁴; se inicia un cierto despegue del sector de las primeras letras y se corrigen algunas desviaciones gremialistas de los maestros, en línea con la tendencia reformista carlostercista respecto a las corporaciones de oficios... En suma, la educación comienza a modernizarse y el país inicia también su modernización a través de la educación, no sólo, por supuesto, con las innovaciones académicas antes citadas, sino también, y muy principalmente, por las diversas acciones pedagógico-sociales que los ilustrados emprendieron para remover los obstáculos que se oponían al progreso e ilustrar las sombras de una sociedad y una cultura ancladas en estructuras y comportamientos de un arcaísmo radical, en el contexto de un país que, como se ha dicho tantas veces, no había sufrido ninguna de las «revoluciones» que habían sacudido a la Europa moderna. Aislada del continente desde la ominosa época de Felipe II, y extrañada en la gran aventura americana, España se vio obligada en el XVIII a recuperar el tiempo perdido y la Modernidad pendiente.

Las anteriores consideraciones enlazan directamente con el tercer objetivo de nuestra Ilustración: la europeización. Europa fue para los ilustrados, como antes para los *novatores* y después lo será para los regeneracionistas, el marco de referencia fundamental para situar a nuestro país a la «altura de los tiempos». La decadencia del XVII, como subraya Marías, se había presentado unida al aislamiento¹⁵. Por otra parte, el XVIII, que ha logrado llevar a buen término nuestro proceso de modernización, percibe que España, después de la decadencia, ha *llegado* a Europa. La idea de España es, al mismo tiempo, una visión de Europa como *nivel*, desde el que

¹³ GALINO, A.: *Tres hombres y un problema. Feijoo, Sarmiento y Jovellanos ante la educación moderna*, Madrid, CSIC, 1953, p. 25 ss.

¹⁴ PESET, M.; PESET, J. C.: *La Universidad española (siglos XVIII y XIX)*, Madrid, Taurus, 1974, p. 114.

¹⁵ MARÍAS, J.: *Op. cit.*, p. 361.

la historia avanza, y una valoración del lugar y posibilidades de nuestro país en el concierto europeo¹⁶. En este contexto habría que situar seguramente la polémica nacional que se suscitó en torno al conocido artículo de Masson de Morvilliers en la *Encyclopédie Méthodique* y a la réplica que Forner redactó a instancias de un Floridablanca que pocos años después iba a ser presa del «pánico» que dio origen a todo un conjunto de medidas que pusieron freno a la posible repercusión de la Revolución en España. Un nuevo «Cierra, España» venía a poner en peligro, justamente a la muerte del monarca ilustrado por excelencia, todo el aperturismo de las décadas anteriores¹⁷.

La nueva singladura europeísta —como ha sido reconocido— se intensifica ya durante el reinado de Fernando VI. El mismo Jovellanos así lo subraya en el *Elogio de Carlos III*, aunque estuviera reservado al monarca que hoy recordamos «aprovechar los rayos de luz» de los precursores, potenciarlos y extenderlos¹⁸. Los extranjeros que visitan España y los españoles que visitan el extranjero son, como ya mostró J. Sarrailh, dos poderosas corrientes de aproximación entre nuestro país y Europa¹⁹. Por razones económicas, técnicas, científicas, educativas o diplomáticas el flujo de viajeros se intensificó de forma notoria en la segunda mitad de siglo. Las instituciones y corporaciones regionales, a menudo mediante políticas de pensionados, contribuyeron a promover los viajes hacia el exterior. Viajar, como se sabe, constituyó durante el siglo de las luces no sólo una moda social, sino una necesidad económica y una exigencia pedagógica (recuérdese que Rousseau concluía el *curriculum* de Emilio con un *tour* instructivo por los principales países). La importación de libros, las traducciones, la prensa, las escuelas de idiomas, las tertulias, las relaciones comerciales y las corporaciones ilustradas son otros tantos conductos de comunicación con Europa.

Es cierto que muchos extranjeros que nos visitaban encontraban dificultades para establecerse por las restricciones de los gremios, como indicaba Campomanes²⁰, o no creaban escuela, según denunciaba Capmany²¹. También es verdad que los introductores de libros foráneos tenían que salvar a menudo los controles de la Inquisición. Es asimismo cierto que las

¹⁶ *Ibidem*, pp. 299-300.

¹⁷ HERR, R.: *España y la revolución del siglo XVIII*, Madrid, Aguilar, 1964, pp. 197 ss. y 244 ss.

¹⁸ JOVELLANOS, G. M. de: *Op. cit.*, p. 313.

¹⁹ SARRAILH, J.: *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México, FCE, 1957, pp. 290 ss. y 339 ss.

²⁰ RODRÍGUEZ CAMPOMANES, P.: *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, Madrid, Imp. Sancha, 1774, p. CXVI.

²¹ CAPMANY, A. de: *Memorias históricas sobre la Marina, Comercio y Artes de la antigua ciudad de Barcelona*, Madrid, Imp. Sancha, 1792, vol. III, pp. 316-317.

traducciones de ciertas obras hubieron de sufrir expurgos o fueron mediatizadas. La prensa tampoco estuvo exenta de censuras y las corporaciones ilustradas hubieron de burlar en más de una ocasión las aduanas políticas y religiosas para importar ciertos libros. No obstante, el balance del período, y su contraste con la etapa precarolina, es bien elocuente. Aumentaron los pensionados, circularon y se instalaron en España científicos y técnicos extranjeros, las luces exteriores poblaron los anaqueles de nuestras bibliotecas y la prensa pudo participar en el debate sobre España y Europa. El país se puso, pues, en marcha para europeizarse, aunque en el camino se presentaran resistencias que limitaron los niveles de logro de este propósito en relación con la regeneración y modernización a las que los ilustrados aspiraban.

3. BALANCE DEL REFORMISMO ILUSTRADO

Cualquier valoración que se haga sobre el reformismo ilustrado ha de partir de la consideración de la época como un ciclo histórico que no se propuso socavar los pilares en que se sustentaba la sociedad del Antiguo Régimen. La estructura social española, aunque sometida a numerosas críticas, llegó, como concluye Domínguez Ortiz, prácticamente intacta al finalizar el tiempo ilustrado. Una disposición de 1771, en pleno apogeo del reformismo carolino, aún imponía las pruebas de limpieza de sangre para obtener el título de maestro de primeras letras²², y la política de homogeneización económica y cultural de cada estamento emprendida por los ilustrados terminó por adscribir al pueblo al nivel educativo de la enseñanza técnica, como se expresa en los *Discursos* de Campomanes²³. Hay que advertir, sin embargo, que las actitudes de los europeos de la época tampoco iban más allá. La Chalotais, por ejemplo, temía poner en peligro la armonía social preestablecida o las leyes de la gravitación interestamental si se propagaba la instrucción elemental entre el pueblo, destinado por nacimiento a los oficios mecánicos²⁴, a los que, no obstante, Carlos III revalorizó, por razones de utilidad y policía social, quitándoles el estigma que los consideraba secularmente como viles y bajos.

Gómez de la Serna, guiado tal vez de una interpretación en parte continuista de la que ofreciera Jovellanos en su *Elogio*, hace un «balance bene-

²² DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*, Barcelona, Ariel, 1976, pp. 321 y 339.

²³ ELORZA, A.: *La ideología liberal en la Ilustración española*, Madrid, Tecnos, 1970, p. 30.

²⁴ CIPOLLA, C. M.: *Educación y desarrollo en Occidente*, Barcelona, Ariel, 1970, pp. 79-80.

mérito» de nuestra Ilustración, como empresa de regeneración nacional sin precedentes desde los Reyes Católicos. Conmovido por el «egregio sinapismo» de aquellos intelectuales racionalistas y patrióticos que entendieron que el «problema de España» era de naturaleza económica y pedagógica, el autor percibe en esta «nueva moral nacional» el «despertar de una sociedad postrada» que logró galvanizar a la nación durante más de medio siglo, cuya concordia fue después cortada prematuramente, antes de fraguar²⁵. Una lectura sin duda optimizadora y pragmática, como lo fue en su momento la de Ferrer del Río²⁶, y contraria obviamente a la interpretación menendezpelayista, que condenaba el siglo como destructor del orden y la cultura tradicionales. Ello no impide que el mismo Gómez de la Serna, al estudiar la figura de Jovellanos, en el «filo de dos épocas», considere, junto al «canto optimista a la obra ilustrada» (coincidente con el *Elogio* del asturiano), las resistencias estructurales que la sociedad opuso al programa de la Ilustración: las mentalidades colectivas tradicionales —el «peso de la rutina», que llamó Sarrailh²⁷, el antiprogresismo de la Inquisición o la secular adversión al trabajo—, la lucha por la reconstrucción de un Estado moderno frente a la persistencia de inercias administrativas anteriores, la escasa presencia en la vida económica de una burguesía y una clase media activas, etcétera²⁸.

El balance pesimista de F. López, antes comentado, viene en realidad también a coincidir en la explicación del fracaso ilustrado, aunque su conclusión difiera lógicamente de la valoración «benemérita» que hemos glosado. Según este autor, que tiende a globalizar su análisis sobre tiempos de larga duración (siguiendo el modelo de P. Chaunu), y que, por consiguiente, carga sobre el XVIII todo el *trend* moderno, desde el XVI, el fracaso hay que interpretarlo también desde la persistencia de las estructuras, modos de producción y mentalidades del pasado que la «mediocridad de los hombres de Estado» no supo o no quiso remover²⁹.

No obstante lo anterior, cualquier revisión del XVIII ha de convenir, como lo hace el mismo crítico citado, que la Ilustración nos condenó al crecimiento continuo y a una adulta y severa aventura del saber³⁰, lo que de nuevo nos trae a colación nuestro primer planteamiento de la época como un tiempo dominado por la obsesión del fomento y la actitud pedagógica, a menudo en estrecha interdependencia. El discurso, los pro-

²⁵ GÓMEZ DE LA SERNA, G.: *Op. cit.*, pp. 100-106.

²⁶ FERRER DEL RÍO, A.: *Historia del reinado de Carlos III*, Madrid, Imp. Matute, 1856.

²⁷ SARRAILH, J.: *Op. cit.*, p. 37.

²⁸ GÓMEZ DE LA SERNA, G.: *Op. cit.*, p. 114 ss.

²⁹ LÓPEZ, F.: *Op. cit.*, pp. 781 y 812.

³⁰ *Ibidem*, p. 780.

gramas y el lenguaje de los ilustrados, tal vez marcados por un reduccionismo economicista y un *ethos* educador, suscitaron sin duda actitudes favorables a la modernización y europeización de España. Es cierto que el reformismo no podía ir más allá de lo que las estructuras del Antiguo Régimen permitían, que los gobernantes e intelectuales vivieron instalados a menudo en la contradicción y que el impacto de sus programas no fue más lejos muchas veces de la filantropía social, ejercida por lo demás desde actitudes elitistas. También es verdad que la nueva «jurisdicción de la educación», como calificaron los enciclopedistas a la nueva tecnipolítica de la cultura, sirvió sobre todo a los objetivos económicos y de normalización social, aunque tampoco hay que olvidar que bajo estas estrategias se estaba gestando la revolución liberal, que se iniciaría más tarde, no sin traumas. En definitiva, como muy bien vio Foucault, la Ilustración —también la española, ¿por qué no?— condujo a las libertades a través de las disciplinas³¹. Desde esta perspectiva, los programas de educación popular de Campomanes, por ejemplo, obedecían a razones de progreso social, pero servían también para adscribir a los artesanos a su oficio, es decir, para legitimar el orden establecido. En el mismo sentido, Jovellanos, a quien Marx calificó de filántropo y prudente reformador social³², planteó el logro de la prosperidad y felicidad a través de una política equilibrada entre libertad y orden. Pero justamente en el marco de las discusiones de los círculos ilustrados, y en sus tímidos y contradictorios proyectos de reforma, está el germen de la España contemporánea.

³¹ FOUCAULT, M.: *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI, 1976.

³² MARX, K.; ENGELS, F.: *Revolución en España*, Barcelona, Ariel, 1966, p. 98. Véase: LERENA, C.: *Reprimir y liberar. Crítica sociológica de la educación y de la cultura contemporánea*, Madrid, Akal, 1983, pp. 107-108.